

Poirot Investiga

Agatha Christie

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Traducción de Javier Alonso
ISBN 978-84-16564-23-1
© 2020 Paradimage Soluciones

Prólogo a la edición digital

Poirot investiga es uno de los primeros libros sobre Hercules Poirot escritos por Agatha Christie. Fue publicado por primera vez en 1924 y recoge once relatos policíacos cortos protagonizados por el genial detective belga. Variados e intrigantes, son una muestra innegable del ingenio de la más famosa de las escritoras de novela policíaca, que llevó el género a su madurez.

En esta edición presentamos una nueva traducción, actualizada y exclusiva para nuestra editorial, que esperamos que sea del gusto del lector más exigente. Paradimage ha publicado ya “El misterioso caso de Styles”, la primera novela protagonizada por Poirot, y esperamos poder poner muy pronto más títulos a su disposición, siempre con una cuidada edición.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en www.paradimage.es

Indice

Poirot Investiga	1
Prólogo a la edición digital	3
Indice	5
La aventura del “Western Star”	6
La tragedia de Marsdon Manor	21
La aventura del piso barato	31
El misterio de la cabaña del cazador	41
El robo de bonos del millón de dólares	50
La aventura de la tumba egipcia	57
El robo de joyas en el “Grand Metropolitan”	68
El primer ministro secuestrado	80
La desaparición del señor Davenheim	94
La aventura del noble italiano	104
El caso del testamento perdido	112

La aventura del “Western Star”

Estaba de pie en la ventana del apartamento de Poirot mirando la calle, sin hacer nada.

—Eso es extraño —murmuré de repente por lo bajo.

—¿El qué *mon ami*? —preguntó Poirot plácidamente, desde lo más profundo de su sillón.

—A ver qué puedes deducir, Poirot, de los siguientes hechos. Hay una señorita lujosamente vestida: sombrero de moda, pieles magníficas. Se acerca lentamente, mirando hacia las casas mientras avanza. Sin que ella se dé cuenta, tres hombres y una mujer de mediana edad la vigilan. A ellos se acaba de unir un chico de los recados que señala a la señorita, gesticulando mientras lo hace. ¿Qué está ocurriendo? ¿Es la chica un ladrón, y los otros son los detectives que, escondidos, se preparan para arrestarla? ¿O son ellos los sinvergüenzas y están conspirando para atacar a una víctima inocente? ¿Qué dice el gran detective?

—El gran detective, *mon ami*, elige, como siempre, la solución más sencilla: se levanta para verlo por sí mismo —y mi amigo se me unió en la ventana.

En un minuto dio rienda suelta a una risita divertida.

—Como de costumbre, tus hechos están teñidos de tu incurable romanticismo. Esa es la señorita Mary Marvell, la estrella de cine. La sigue un grupo de admiradores que la han reconocido. Y, te diré, mi querido Hastings, que jella es muy consciente de lo que ocurre!

Me reí.

—¡Entonces todo está explicado! Pero no ganas ningún punto, Poirot. Eso fue una simple cuestión de reconocimiento

—*En vérité!* ¿Cuántas veces has visto a Mary Marvell en el cine, *mon cher*?

Pensé.

—Una docena de veces, más o menos.

—¡Y yo una vez! Sin embargo, la reconozco y tú no.

—Se ve muy diferente al natural —me excusé.

—¡Ah! ¡*Sacré!* —gritó Poirot—. ¿Es que esperas que pasee ella misma en las calles de Londres con un sombrero de vaquero, o descalza y con el pelo rizado como un irlandés? ¡Siempre te fijas en lo accesorio! Recuerda el caso de la bailarina, Valerie Saintclair.

Me encogí de hombros, un poco molesto.

—Pero consuélate, *mon ami* —dijo Poirot, tranquilizándose—. ¡No todos pueden ser como Hércules Poirot! Lo sé bien...

—Realmente, tienes mejor opinión de ti mismo que cualquier persona que haya conocido —dije, mitad divertido y mitad molesto.

—¿Y qué le voy a hacer? Cuando uno es único, ¡uno lo sabe! Y otros comparten esa opinión, incluso, si no me equivoco, la señorita Mary Marvell.

—¿Qué?

—Sin duda. Viene hacia aquí.

—¿De dónde saca eso?

—Muy simple. Esta calle no es aristocrática, *mon ami*. No hay ningún médico de moda, ni un dentista de moda, y ¡todavía menos un sombrero de moda! Pero hay un detective de moda. Amigo mío, es verdad, me he puesto de moda, el *dernier cri*. Uno le dice a otro: “¿Comment? ¿Has perdido tu caja de lápices de oro? Debes ir a ver al belga. ¡Es maravilloso! ¡Todo el mundo va! ¡Couvrez!” ¡Y ¡llegan! ¡En manadas, *mon ami*! Con problemas de lo más tonto.

Sonó una campana debajo.

—¿Qué te dije? Esa es la señorita Marvell.

Como de costumbre, Poirot tenía razón. Después de un corto intervalo, la estrella del cine americano se presentó y nos pusimos en pie.

Mary Marvell era sin duda una de las actrices más populares de la pantalla. Acababa de llegar a Inglaterra en compañía de su esposo, Gregory B. Rolf, también actor de cine. Su matrimonio había tenido lugar hacía aproximadamente un año en los Estados Unidos, y esta era su primera visita a Inglaterra. Les habían dado una gran recepción. Todos estaban preparados para volverse locos por Mary Marvell, su maravillosa ropa, sus pieles, sus joyas... sobre todo una joya, un gran diamante que había sido apodado, para que coincidiera con su dueña, "The Western Star", la "estrella de occidente". Mucho, cierto y falso, se había escrito sobre esta famosa piedra, de la que se decía que estaba asegurada por la enorme suma de cincuenta mil libras.

Todos estos detalles pasaron rápidamente por mi mente cuando me uní a Poirot para saludar a nuestra nueva cliente.

La señorita Marvell era pequeña y esbelta, muy blanca y de aspecto femenino, con grandes ojos azules y una mirada infantil e inocente.

Poirot le acercó una silla y ella comenzó a hablar enseguida.

—Probablemente me considerará muy tonta, señor Poirot, pero el Señor Cronshaw me estaba diciendo anoche de qué forma tan maravillosamente resolvió usted el misterio de la muerte de su sobrino, y sentí que necesitaba su consejo. Tal vez sea sólo un engaño tonto —eso me dice Gregory—, pero tengo una angustia mortal.

Se detuvo para respirar. Poirot la animó a seguir.

—Proceda, *madame*. Tiene que entender que todavía me tiene a oscuras.

—Son estas cartas

Miss Marvell desabrochó su bolso y sacó tres sobres que le entregó a Poirot. Este último los examinó de cerca.

—Papel barato: el nombre y la dirección cuidadosamente impresos. Veamos el interior —y vació el contenido.

Me uní a él y me incliné sobre su hombro. El escrito consistía en una sola frase, cuidadosamente impresa como el sobre. Decía así:

“El gran diamante que es el ojo izquierdo del dios debe regresar al lugar de donde vino.”

La segunda carta fue redactada exactamente en los mismos términos, pero la tercera fue más explícita:

“Se lo hemos advertido. No ha obedecido. Ahora el diamante le será arrebatado. En la luna llena, los dos diamantes que son los ojos izquierdo y derecho del dios volverán. Así está escrito.”

—La primera carta la consideré una broma —explicó la señorita Marvell—. Cuando llegó la segunda, comencé a dudar. Llegó la tercera ayer y me pareció que, después de todo, el asunto podría ser más serio de lo que había imaginado.

—Veo que no llegaron por correo, estas cartas.

—No; fueron entregadas en mano, por un chino. Eso es lo que me asusta.

—¿Por qué?

—Porque Gregory compró la piedra de un chino en San Francisco, hace tres años.

—Ya veo, señora, que usted cree que el diamante a que se refiere...

—Es el “Western Star” —terminó la señorita Marvell—. Es eso. En aquel momento, Gregory recuerda que había alguna historia adjunta a la piedra, pero el chino no le dio ninguna información. Gregory dice que parecía muerto de miedo y que tenía una prisa mortal por deshacerse de aquella cosa. Solo pidió una décima parte de su valor. Fue el regalo de boda que me hizo Greg.

Poirot asintió pensativamente.

—La historia parece de un romanticismo inverosímil. Y, sin embargo, ¿quién sabe? Hastings, por favor, dame ese pequeño almanaque.

Cumplí.

—¡*Voyons!* —dijo Poirot, girando las hojas—. ¿Cuándo es la fecha de la luna llena? Ah, el próximo viernes. Eso es de aquí a tres días. *Eh bien*, señora, busca mi consejo, y se lo voy a dar. Esta *belle histoire* puede ser un engaño, ipero puede que no! Por lo tanto, le aconsejo que deje el diamante a mi cargo hasta después del viernes. Entonces podremos decidir qué hacer.

La cara de la actriz se nubló por un instante, y respondió tensa:

—Me temo que eso es imposible.

—¿Lo traje consigo, *hein?* —Poirot la miraba atentamente.

La chica dudó un momento, luego deslizó su mano en el interior de su vestido y sacó una cadene larga y fina. Se inclinó hacia delante abriendo su mano. En la palma, descansaba una piedra de fuego blanco, exquisitamente engarzada en platino, que destellaba solemnemente.

Poirot contuvo el aliento con un largo silbido.

—¡*Épatant!* —murmuró—. ¿Me permite, señora?

Tomó la joya en su propia mano y la examinó con atención, luego se la devolvió con una pequeña reverencia.

—Una piedra magnífica, sin defecto. Ah, ¡*cent tonnerres!* y lo llevas contigo, ¡*comme ça!*

—No, no, tengo mucho cuidado, señor Poirot. Como regla general, lo tengo guardado en mi joyero, que deposito en la caja de seguridad del hotel. Estamos alojados en el “Magnificent”, ya sabe. Acabo de traerlo para que lo viera.

—Y lo dejará conmigo, ¿*n'est-ce pas?* ¿Al cuidado de Papa Poirot?

—Bueno, ya ve, no puede ser, señor Poirot. El viernes iremos a Yardly Chase para pasar unos días con Lord y Lady Yardly.

Sus palabras despertaron el vago eco de un recuerdo en mi mente. Algunos cotilleos, ¿cuáles eran? Hace unos años Lord y Lady Yardly hicieron una visita a los Estados Unidos, se rumoreaba

que el señor se había excedido, con la ayuda de algunas señoritas “amigas suyas”, pero seguramente había algo más, algún chisme que combinó el nombre de Lady Yardly con el de una estrella de “cine” en California. Y entonces me vino el nombre, de repente, y no era otro que Gregory B. Rolf.

—Le confesaré un pequeño secreto, señor Poirot —continuó la señorita Marvell—, tenemos un acuerdo con Lord Yardly. Existe la posibilidad de que filmemos una película allí en esa histórica finca suya.

—¿En Yardly Chase? —grité, interesado—. ¿Por qué? Es uno de los lugares más emblemáticos de Inglaterra.

Miss Marvell asintió.

—Supongo que es el material feudal auténtico. Pero él quiere un precio bastante alto y, por supuesto, aún no sé si llegaremos a un acuerdo, pero a Greg y a mí siempre nos gusta mezclar los negocios con el placer.

—Pero, discúlpeme si soy pesado, señora, seguramente es posible visitar Yardly Chase sin llevar el diamante.

Una mirada astuta y dura se asomó a los ojos de la señorita Marvell, y desapareció su aspecto infantil. De repente parecía mucho más vieja.

—Quiero usarlo allí.

—Seguramente —comprendí de repente—, hay algunas joyas muy famosas en la colección Yardly, ¿un gran diamante entre ellos?

—Así es —dijo brevemente la señorita Marvell.

Escuché a Poirot murmurar por lo bajo: “Ah, ¡vamos *comme ça!*” Luego dijo en voz alta, con esa extraña habilidad para dar el clavo (que él llama pomposamente psicología): “Entonces es que usted, sin duda ya conoce a Lady Yardly, o tal vez sea su marido.

—Gregory la conoció cuando ella estuvo en Estado Unidos, hace tres años —dijo la señorita Marvell. Dudó un momento, y luego agregó abruptamente—. ¿Alguno de ustedes ha visto “Chismes de Sociedad”?

Ambos confesamos nuestra ignorancia, más bien avergonzados.

—Pregunto porque en el número de la revista de esta semana, hay un artículo sobre joyas famosas, y es realmente muy curioso ... —se interrumpió.

Me levanté, fui a la mesa al otro lado de la habitación y regresé con la revista en cuestión en mi mano. Ella me lo quitó, encontró el artículo, y comenzó a leer en voz alta:

—“...Entre otras joyas famosas se puede incluir la “Estrella de Oriente”, un diamante en posesión de la familia Yardly. Un antepasado del actual Lord Yardly lo trajo con él desde China, y se le atribuye una leyenda. Según esa historia, la piedra fue una vez el ojo derecho de un dios de un templo. Otro diamante exactamente igual en forma y tamaño, formó el ojo izquierdo y cuenta la leyenda que esa joya, con el tiempo, también será robada. Un ojo irá al oeste, el otro al este, hasta que se encuentren de nuevo. Entonces, en triunfo, volverán al dios.”

"Es una curiosa coincidencia que haya actualmente una piedra cerca con la misma descripción que esta, y conocida como "The Western Star" o "La Estrella del Oeste". Es propiedad de la célebre actriz de cine, Miss Mary Marvell. Una comparación de las dos piedras sería de la más interesante."

Dejó de leer.

—*¡Épatant!* —murmuró Poirot—. Sin duda una leyenda muy viva —se volvió hacia Mary Marvell—. ¿Y no tiene miedo, señora? ¿No tiene terrores supersticiosos? ¿No teme presentar estos dos gemelos idénticos el uno al otro y que aparezca un chino, que en un pispás desaparezca y se lleve las dos joyas a China?

Su tono era burlón, pero me pareció que hablaba en serio, en el fondo.

—No creo que el diamante de Lady Yardly sea una joya tan buena como la mía —dijo la señorita Marvell—. De todos modos, lo veremos.

No sé qué más podría haber dicho Poirot, porque en ese momento la puerta se abrió de golpe y un hombre de aspecto espléndido entró en la habitación. Desde su cabeza negra y rizada hasta las puntas de sus botas de charol, parecía un galán de novela.

—Dije que te llamaría, Mary —dijo Gregory Rolf—, y aquí estoy. Bueno, ¿qué dice *Monsieur* Poirot de nuestro problemilla? ¿Cree que es sólo un broma pesada, igual que yo?

Poirot sonrió al gran actor. Hacían un contraste ridículo.

—Broma o no broma, Sr. Rolf —dijo secamente—, le he aconsejado a su esposa no llevarse la joya con ella a Yardly Chase el viernes.

—Estoy de acuerdo con usted, señor. Ya se lo dije a Mary. Pero ¡ay! es una mujer de de arriba a abajo, y supongo que no puede soportar que otra mujer la eclipse cuando se trata de joyas.

—¡Qué tontería, Gregory! —dijo Mary Marvell bruscamente. Pero se sonrojó.

Poirot se encogió de hombros.

—Señora, le he dado mi consejo. No puedo hacer más. *C'est fini*.

Les dedicó un saludo los acompañó a la puerta.

—¡Ah! —observó, volviendo—. ¡Historias de mujeres! El bueno de su marido —se golpeó la sien con el dedo— *tout de même*, no tuvo mucho tacto. Desde luego que no.

Le comenté mis vagos recuerdos, y él asintió vigorosamente.

—Eso fue lo que pensé. De todos modos, hay algo curioso detrás de todo esto. Con su permiso, *mon ami*, tomaré el aire. Espera que regrese, te lo ruego. No tardaré mucho.

Estaba medio dormido en mi silla cuando la casera llamó a la puerta, y asomó la cabeza por la rendija.

—Es otra dama que quiere ver al señor Poirot, señor. Le dije que estaba fuera, pero ella dice que esperará, ya que ha venido del campo.

—Oh, hágala pasar, Sra. Murchison. Quizás pueda hacer algo por ella.

Un momento después la señora entró en la habitación. Mi corazón dio un vuelco cuando la reconocí. La foto de Lady Yardly había aparecido demasiado a menudo en las revistas de sociedad como para que me resultase desconocida.

—Siéntese, Lady Yardly —le dije, adelantando una silla—. Mi amigo Poirot está fuera, pero sé con certeza que volverá dentro de muy poco.

Ella me dio las gracias y se sentó. Un tipo muy diferente del de la señorita Mary Marvell, alto, oscuro, con ojos brillantes y un pálido y orgulloso rostro, que resultaba algo melancólico en las comisuras de la boca.

Sentí el deseo de estar a la altura de las circunstancias. ¿Por qué no? En presencia de Poirot, frecuentemente me he sentido incómodo; no doy lo mejor de mí. Y sin embargo, no hay duda de que yo también poseo una notable capacidad de deducción. Sentí un impulso repentino y me incliné hacia adelante.

—Lady Yardly —le dije—, sé por qué ha venido aquí. Recibió cartas con amenazas sobre su diamante.

No había duda de que mi intento había dado en el blanco. Ella me miraba fijamente con la boca abierta, y todo el color se desvaneció de sus mejillas.

—¿Ya lo sabe? —tartamudeó—. ¿Cómo?

Sonreí.

—Por un proceso perfectamente lógico. Si la señorita Marvell ha recibido cartas de amenaza...

—¿La señorita Marvell? ¿Ella ha estado aquí?

—Se acaba de ir. Como decía, si ella, como titular de uno de los diamantes gemelos, ha recibido una misteriosa serie de advertencias, usted, como titular de la otra piedra, necesariamente debe haber hecho lo mismo. ¿Ve lo simple que es? ¿Tengo razón, entonces, recibió estas extrañas comunicaciones también?

Por un momento dudó, como si dudara si confiar en mí o no, y entonces inclinó la cabeza, asintiendo con una sonrisa.

—Eso es —reconoció.

—¿Los suyos también fueron entregados en mano por un chino?"

—No, vinieron por correo; pero dígame, ¿le ha ocurrido lo mismo a la señorita Marvell?

Le conté los acontecimientos de la mañana. Ella escuchó atentamente.

—Todo encaja. Mis cartas son duplicados de las suyas. Es verdad que vinieron por correo, pero desprenden un aroma curioso, algo como de palo de incienso, que de inmediato me evocó oriente. ¿Qué significa todo esto?

Sacudí la cabeza.

—Eso es lo que debemos descubrir. ¿Tiene las cartas consigo? Podríamos intentar deducir algo de los matasellos.

—Lamentablemente los destruí. Entiéndame, en ese momento lo consideré una broma tonta. ¿Puede ser cierto que alguna panda de chinos esté realmente tratando de recuperar los diamantes? Parece increíble

Repasamos los hechos una y otra vez, pero no pudimos llegar más lejos en la resolución del misterio. Por fin lady Yardly se levantó.

—Realmente no creo que deba esperar a Monsieur Poirot. Le puede contar todo esto, ¿no? Muchas gracias, señor...

Ella vaciló, su mano extendida.

—Capitán Hastings.

—¡Por supuesto! Que estúpido por mi parte. Es usted amigo de los Cavendish, ¿no? Fue Mary Cavendish quien me envió a *monsieur* Poirot.

Cuando mi amigo regresó, disfruté contándole la historia de lo que había ocurrido durante su ausencia. Me interrogó más bien sobre los detalles de nuestra conversación y pude leer entre líneas que no le agradó mucho haber estado ausente. También me pareció que el mi viejo amigo era el menos inclinado a ponerse celoso. Se había convertido en una pose, para continuamente menospreciar mis habilidades, y creo que estaba disgustado por no encontrar nada que criticarme. Estaba yo bastante complacido conmigo mismo, aunque traté de ocultar el hecho por miedo a irritarlo. A pesar de sus manías, estaba profundamente apegado a mi pintoresco amigo.

—¡Bien! —dijo al fin, con una mirada de curiosidad en su rostro—. La trama se desarrolla. Pásame, por favor, la guía “Quién es quién” que está en el estante de arriba —fue pasando páginas—. ¡Ah, aquí estamos! “Yardly... décimo vizconde, sirvió en la Guerra de Sudáfrica... *tout ça n’a pas d’importance*... casado en 1907 con la honorable Maude Stopperton, cuarta hija del tercer barón Cotteril... um, um, um,... dos hijas, nacidas en 1908, 1910... Clubes... residencias... *Voilà*, eso no nos dice mucho. Pero ¡mañana por la mañana veremos a este *milord*! ”

—¿Qué?

—Sí. Le telegrafíé a él.

—Pensé que te lavabas las manos y abandonabas el caso

—No estoy actuando para la señorita Marvell, ya que ella se niega a ser guiada por mi consejo. Lo que hago ahora es para mi propia satisfacción: ¡la satisfacción de Hercule Poirot! Decididamente, tengo que saber lo que se cuece.

—Y vas y le pides a le pides a Lord Yardly que venga corriendo a la ciudad sólo porque te conviene. No estará muy contento.

—*Au contraire*, si conservo para él el diamante de su familia, debería estarme muy agradecido.

—¿Entonces realmente crees que existe la posibilidad de que sea robado? —pregunté con cierta curiosidad.

—Casi la certeza —respondió Poirot plácidamente—. Todo apunta en esa dirección.

—Pero ¿cómo...?

Poirot detuvo mis preguntas con un gesto seco de la mano.

—Ahora no, te lo ruego. No confundamos la mente. Y observa esa guía, ¡cómo la has colocado! Observa cómo en el estante de arriba van los libros más altos, los siguientes en la fila de abajo, y así. Tenemos orden, método, que, como a menudo te tengo dicho, Hastings...

—Exactamente —dije apresuradamente, y puse el libro que le molestaba en su lugar adecuado.

Lord Yardly resultó ser un deportista alegre y ruidoso con la cara sonrosada y un aire alegre que resultaba muy atractivo y compensaba cualquier falta de cerebro.

—Extraordinario asunto este, señor Poirot. No tiene pies ni cabeza. Parece que mi esposa ha estado recibiendo cartas extrañas, y que esta señorita Marvell las ha recibido también. ¿Qué significa todo esto?

Poirot le entregó la copia de “Chismes de Sociedad”.

—Primero, *milord*, le pregunto si estos hechos son ciertos ¿es correcto?

Nuestro amigo abrió la revista. Su rostro se oscureció de ira mientras leía.

—¡Malditas tonterías! —farfulló—. Nunca ha habido ninguna leyenda en torno al diamante. Originalmente vino de la India, creo yo. Nunca escuché de todas estas cosas del dios chino.

—Aún así, la piedra es conocida como "La Estrella del Este".

—Bueno, ¿y qué pasa? —exclamó enfadado.

Poirot sonrió débilmente, pero no respondió directamente.

—Lo que quería pedirle que haga, milord, es ponerse en mis manos. Se lo digo sin reservas, tengo grandes esperanzas de evitar la catástrofe.

—¿Entonces cree que realmente hay algo en toda esa monserga?

—¿Hará lo que le pido?

—Por supuesto que lo haré, pero...

—Bien, entonces permítame que le haga algunas preguntas. Este asunto de Yardly Chase, ¿está todo ya acordado entre usted y el señor Rolf?

—Oh, él se lo contó, ¿verdad? No, no hay nada acordado —dudó, el color rojo ladrillo de su rostro se hizo más intenso—. Podría servir para aclarar las cosas. He hecho el tonto de diversas formas, *Monsieur* Poirot, y estoy muy endeudado, pero quiero parar. Me gustan mis nietos y quiero enderezar las cosas y poder vivir en la vieja finca. Gregory Rolf me ofrece mucho dinero, suficiente para ponerme en pie nuevamente. Yo no quiero hacerlo, odio la idea de toda esa multitud de actores en casa, pero puede que tenga que hacerlo, a menos que ... —se interrumpió.

Poirot lo miró con atención.

—Tiene, entonces, una alternativa. Permítame que lo adivine. ¿Sería vender la Estrella del Este? Lord Yardly asintió con la cabeza.

—Eso es. Ha estado en la familia por generaciones, y está libre de cargas. Aún así, no es lo más fácil del mundo encontrar un comprador. Hoffberg, el corredor de Hatton Man, está buscando un posible cliente, pero tendrá que encontrar uno pronto, o estoy acabado.

—Una pregunta más, si me permite: Lady Yardly, ¿qué plan tiene ella? ¿Lo aprueba?

—Oh, ella se opone a que yo venda la joya. Ya sabe cómo son las mujeres. Ella está por ese actor.

—Comprendo —dijo Poirot. Permaneció unos segundos pensando. Luego se levantó rápidamente—. ¿Vuelve a Yardly Chase ahora? Bien, no le diga nada a nadie, pero a nadie, espere a que esta noche estemos allí. Llegaremos poco después de las cinco.

—Está bien, pero no veo...

—*Ça n'a pas d'importance* —dijo Poirot amablemente—. Hará lo que le he dicho para preservar su diamante, *¿n'est-ce pas?*

—Sí, pero...

—Haga simplemente lo que le digo.

Un noble tristemente desconcertado salió de la habitación.

Eran las cinco y media cuando llegamos a Yardly Chase, y seguimos al digno mayordomo por una antigua sala en madera con su chimenea encendida. Una bonita imagen se presentó a nuestros ojos: Lady Yardly con sus dos hijos, la cabeza morena de la orgullosa madre, inclinada sobre los dos. Lord Yardly estaba al lado, sonriéndoles.

—Monsieur Poirot y el Capitán Hastings —anunció el mayordomo.

Lady Yardly levantó la vista sobresaltada, su esposo se adelantó, pidiendo con su mirada instrucciones de Poirot. El hombrecillo estuvo a la altura de la situación.

—¡Mis excusas! Es que sigo investigando este asunto de la señorita Marvell. Ella llega el viernes, ¿no? Me gustaría hacer un pequeño recorrido primero para asegurarme de que todo esté seguro. También quería preguntarle a Lady Yardly si guardaba los matasellos de las cartas que recibió.

Lady Yardly sacudió la cabeza con pesar.

—Me temo que no. Es estúpido por mi parte pero, ya ve, nunca se me ocurrió tomármelo en serio.

—¿Pasarán la noche aquí? —dijo Lord Yardly.

—Oh, señor, me temo que no me podrá convencer. Hemos dejado nuestras maletas en la posada.

—Está bien —Lord Yardly hizo una señal—. Enviaremos por ellas. No, no, no hay problema, se lo aseguro.

Poirot se dejó convencer y se sentó junto a Lady Yardly, y comenzó a jugar con los niños. En poco tiempo todos estaban retozando juntos, y me habían arrastrado al juego.

—Es usted una madre excelente —dijo Poirot, con una galante reverencia, después que una enfermera vino a llevarse los niños.

Lady Yardly se alisó el pelo alborotado.

—Los adoro —dijo con la voz un poco tomada.

—Y ellos a usted, ¡y con razón! —Poirot volvió a inclinarse.

Sonó un gong y nos levantamos para subir a nuestras habitaciones. En ese momento entró el mayordomo con un telegrama en una bandeja que entregó a Lord Yardly. Se disculpó por abrirlo en nuestra presencia. Mientras lo leía, se puso visiblemente rígido. Soltó una exclamación y se lo entregó a su esposa. Luego miró a mi amigo.

—Me da un minuto, *Monsieur* Poirot. Creo que debería saberlo. Es de Hoffberg. Cree que ha encontrado un cliente para el diamante: un estadounidense que regresa mañana a los Estados Unidos. Están enviando a un técnico esta noche para que examine la piedra. Dios mío, si esto sale... —las palabras le fallaron.

Lady Yardly se había dado la vuelta. Blandía el telegrama en la mano.

—Desearía que no lo vendieras, George —dijo en voz baja—. Ha estado en la familia tanto tiempo... —esperó una respuesta, pero no obtuvo ninguna y su expresión se endureció. Se encogió de hombros y nos dio la espalda—. Debo ir y vestirme. Será mejor mostrarles “los bienes” —se volvió hacia Poirot haciendo un gesto—. ¡Es uno de los collares más horribles que

jamás se haya diseñado! George me había prometido renovar las piedras, pero nunca lo hizo — y salió de la habitación.

Media hora después, los tres nos reunimos en el gran salón esperando a la dama. Ya pasaban unos minutos de la hora de la cena.

De repente hubo murmullos, y Lady Yardly apareció en el marco de la puerta, una figura radiante con un vestido largo, blanco brillante. Alrededor de su cuello relucía un río de fuego. Ella permaneció de pie con una mano tocando el collar.

—He aquí el sacrificio —dijo alegremente. Su mal humor parecía haber desaparecido—. Esperen mientras enciendo la lámpara y podrán deleitar sus ojos con el collar más feo de Inglaterra.

Los interruptores estaban justo afuera de la puerta. Mientras ella estiraba la mano hacia allí, sucedió lo increíble. De repente, sin previo aviso, todas las luces se apagaron, la puerta se cerró de golpe, y desde el otro lado se oyó un penetrante grito de mujer.

—¡Dios mío! —gritó Lord Yardly—. ¡Esa era la voz de Maude! ¿Qué ha pasado?

Corrimos a ciegas hacia la puerta, golpeándonos unos otros en la oscuridad. Pasaron algunos minutos antes de que pudiéramos encontrarla. ¡Qué vista apareció ante nuestros ojos! Lady Yardly yacía sin sentido en el suelo de mármol, con una marca carmesí en su garganta blanca donde había estado el collar, ahora arrancado de su cuello.

Cuando nos inclinamos sobre ella, en un primer momento no sabíamos si estaba muerta o viva, pero sus párpados se abrieron.

—El chino —susurró dolorosamente—. El chino. La puerta lateral.

Lord Yardly soltó una maldición. Lo acompañé, con el corazón en un puño. ¡El chino otra vez! La puerta lateral en cuestión estaba en una esquina del muro, a no más de cien metros de la escena de la tragedia. Cuando la alcanzamos, grité.

Allí, justo delante del umbral, yacía el brillante collar. Evidentemente se le cayó al ladrón en la prisa por huir. Me abalancé alegremente hacia él. Entonces grité de nuevo y el señor Yardly también. Porque en medio del collar había un gran hueco: ¡faltaba la estrella del este!

—Eso lo aclara todo —dije, recobrando el aliento—. Estos no eran ladrones comunes. Buscaban la piedra.

—¿Pero cómo entró ese tipo?

—A través de esta puerta.

—Pero siempre está cerrada.

Negué con la cabeza.

—No está bloqueada ahora. Vea —y la abrí según hablaba.

Mientras lo hacía, algo cayó al suelo. Lo recogí. Era un trozo de seda, y el bordado era inconfundible. Había sido arrancado de la túnica de un chino.

—Debió de quedar pillado en la puerta —expliqué—. Ven, date prisa. No puede haber ido tan lejos todavía.

Pero la persecución fue en vano. En la oscuridad total de la noche, al ladrón le había resultado fácil escapar. Regresamos de mala gana, y Lord Yardly envió a uno de los sirvientes a toda prisa a buscar a la policía.

Lady Yardly, auxiliada por Poirot, que es tan bueno como una mujer para estos asuntos, se recuperó lo suficiente como para poder contar su historia.

—Iba a encender la otra luz —dijo—, cuando un hombre saltó sobre mí por detrás. Me arrancó el collar del cuello con tanta fuerza que caí de cabeza al suelo. Mientras caía lo vi irse por la puerta lateral. Entonces me di cuenta, por la trenza y la túnica bordada, de que era chino —se detuvo con un estremecimiento.

El mayordomo reapareció. Le habló en voz baja a lord Yardly.

—Un enviado del señor Hoffberg, mi señor. Dice que usted lo espera.

—¡Cielos! —gritó el noble, preocupado—. Debo verlo, supongo. No, aquí no, Mullings, en la biblioteca.

Me fui con Poirot aparte.

—Oye, querido amigo, ¿no sería mejor que volviéramos a Londres?

—¿Crees que sí, Hastings? ¿Por qué?

—Bueno —carraspeé—, las cosas no han ido muy bien, quiero decir, le dices a Lord Yardly que se ponga en tus manos, que todo estará bien, y luego el diamante desaparece ante tus narices.

—Es cierto —dijo Poirot, bastante abatido—. No ha sido uno de mis mejores actuaciones.

Esta forma de describir lo sucedido casi me hizo sonreír, pero seguí en mis trece.

—En realidad, perdóname la expresión, ha sido un desastre. ¿No crees que sería más elegante irse de inmediato?

—¿Y la cena, sin duda la excelente cena, que el señor Yardly ha preparado?

—¡Oh, qué cena! —dije impaciente.

Poirot levantó las manos horrorizado.

—¡*Mon Dieu!* En este país tratan los asuntos gastronómicos con una indiferencia criminal.

—Hay otra razón por la que deberíamos volver a Londres tan pronto como sea posible —continué.

—¿Cuál, amigo mío?

—El otro diamante —dije, bajando la voz—. La señorita Marvell.

—*Eh bien*, ¿y qué?

—¿No lo ves? —su aparente estupidez me molestó. ¿Qué había sido de su ingenio, generalmente entusiasta?— Ellos tienen uno, ahora van a por el otro.

—¡*Tiens!* —exclamó Poirot, retrocediendo un paso y mirándome con admiración—. ¡Tu cerebro funciona de maravilla, amigo mío! ¡Figúrate! No se me había ocurrido. Pero hay tiempo suficiente. La luna llena no es hasta el viernes.

Sacudí mi cabeza dubitativamente. La teoría de la luna llena me dejó completamente frío. Sin embargo, me salí con la mía con Poirot y partimos inmediatamente, dejando atrás una nota de explicación y disculpa para Lord Yardly.

Mi idea era ir de inmediato al Magnificent y relatar a la señorita Marvell lo que había sucedido, pero Poirot vetó el plan e insistió que por la mañana sería suficiente. Me rendí de mala gana.

Por la mañana, Poirot parecía extrañamente reacio a moverse. Comencé a sospechar que, después de haber cometido un error, estaba especialmente reacio a seguir con el caso. En

respuesta a mi insistencia señaló, con admirable sentido común, que como los detalles del asunto en Yardly Chase ya estaban en los periódicos de la mañana, los Rolfs sabrían tanto como pudiéramos decirles. Desistí, de mala gana.

Los acontecimientos demostraron que mis presentimientos estaban justificados. Alrededor de las dos en punto, el teléfono sonó. Poirot lo cogió. Escuchó algunos segundos y luego, con un breve "*¡Bien, j'y serai!*" colgó, y se volvió hacia mí.

—¿Qué piensas, *mon ami*? —parecía mitad avergonzado, mitad emocionado—. El diamante de la señorita Marvell ha sido robado.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Y qué hay de la luna llena ahora? —Poirot bajó la cabeza—. ¿Cuándo pasó?

—Esta mañana, según creo.

Sacudí la cabeza tristemente.

—Si tan solo me hubieras escuchado. Ya ves que estaba en lo cierto.

—Parece que sí, *mon ami* —dijo Poirot con cautela—. Las apariencias son engañosas, dicen, pero ciertamente lo parece.

Mientras íbamos en taxi hacia el Magnificent, entendí la profundidad del engaño.

—Esa idea de la luna llena fue inteligente. Toda la cuestión era hacernos concentrarnos en el viernes, y así estar desprevenidos antes. Es una pena que no te hayas dado cuenta de eso.

—*¡Ma foi!* —dijo Poirot alegremente, toda su preocupación de la noche anterior eclipsada—. ¡No se puede pensar en todo!

Me sentí mal por él. Odiaba cualquier tipo de fracaso.

—Anímate —le intenté consolar—. Ya habrá más suerte la próxima vez.

En el Magnificent nos acompañaron de inmediato al despacho del director. Gregory Rolf estaba allí con dos hombres de Scotland Yard. Un empleado de rostro pálido estaba sentado frente a ellos.

Rolf asintió con la cabeza cuando entramos.

—Estamos llegando al fondo —dijo—. Pero es casi increíble. Cómo el chico tuvo tanto descaro, no doy crédito.

Bastaron unos pocos minutos para darnos cuenta de los hechos. El señor Rolf había salido del hotel a las 11:15. A las 11:30, un caballero, con su misma apariencia, entró en el hotel y pidió sacar la joya de la caja fuerte. Firmó debidamente el recibo, comentando distraídamente mientras lo hacía: "Se ve un poco diferente de mi letra normal, pero me lastimé la mano al salir del taxi". El empleado simplemente sonrió y comentó que apenas había diferencia. Rolf se echó a reír y dijo: "Bueno, no me hagas pasar por estafador esta vez, de todas formas. He estado recibiendo cartas amenazadoras de un chino, y lo peor de todo es que parece un chino, tiene que ver con los ojos".

—Lo miré —dijo el empleado que nos decía esto—, y vi de inmediato lo que quería decir. Los ojos inclinados en las esquinas como un oriental. Nunca lo había notado antes.

—Maldita sea, hombre —rugió Gregory Rolf, inclinándose hacia adelante—, ¿de verdad? ¿Lo notas ahora?

El hombre lo miró y comenzó.

—No, señor —dijo—. No puedo decir que sí —y de hecho no había nada ni remotamente oriental en los ojos marrones que nos miraban de frente.

El hombre de Scotland Yard gruñó.

—Un chino audaz. Pensó que en los ojos podría notarse, y tomó el toro por los cuernos para eliminar toda sospecha. Él debe haberlo visto salir del hotel, señor, y entró tan pronto como lo vio bien lejos.

—¿Y qué pasó con la joya? —pregunté.

—Fue encontrada en un pasillo del hotel. Solo una cosa había sido robada: la “Western Star”. Nos miramos el uno al otro, todo era tan extraño, tan irreal.

Poirot se puso rápidamente de pie.

—No he sido de mucha utilidad, me temo —dijo con pesar—. ¿Podría ver a *Madame*?

—Supongo que está postrada por la conmoción —explicó Rolf.

—Entonces, ¿tal vez podría tener unas pocas palabras a solas con usted, señor?

—Ciertamente.

En unos cinco minutos reapareció Poirot.

—Ahora, amigo mío —dijo alegremente—, vamos a una oficina de correos. Tengo que enviar un telegrama.

—¿A quién?

—A Lord Yardly —y evitó que le preguntase pasando su brazo alrededor del mío—. Ven, ven, *mon ami*. Sé lo que estás pensando de este miserable asunto. ¡No he destacado! ¡Usted, en mi lugar, podría haberlo logrado! ¡Bien! Lo admito todo. Olvidémoslo y almorcemos.

Eran aproximadamente las cuatro cuando entramos en las habitaciones de Poirot. Una figura se levantó de una silla junto a la ventana. Era Lord Yardly. Le miró demacrado y angustiado.

—Recibí su telegrama y he venido de inmediato. Mire, he estado preguntando a Hoffberg, y no saben nada del hombre que enviaron anoche, ni del telegrama. Piensa que...

Poirot levantó la mano.

—¡Mis excusas! Envié ese cable y contraté al caballero en cuestión.

—¡Usted! Pero ¿por qué? ¿Qué? —farfulló impotente el noble.

—Mi pequeña idea era llevar las cosas al extremo —explicó Poirot tranquilamente.

—¡Llevar las cosas al extremo! ¡Oh, Dios mío! —se lamentó Lord Yardly.

—Y la artimaña tuvo éxito —dijo Poirot alegremente—. Por lo tanto, milord, tengo mucho placer en devolverle... ¡esto! —y con un gesto teatral nos mostró un objeto brillante. Era un gran diamante.

—La estrella del este —dijo Lord Yardly—. No lo entiendo...

—¿No? —dijo Poirot—. No importa. Créame, era necesario que el diamante fuese robado. Le prometí que sería preservado para usted, y he cumplido mi palabra. Debe permitirme que guarde el secreto. Transmítale, se lo ruego, mi respeto más profundo a Lady Yardly, y dígame lo contento que estoy de poder devolverle su joya. ¡Qué *beau temps*!, ¿no es así? Buenos días, milord.

Y sonriendo y hablando, el asombroso hombrecillo acompañó al desconcertado noble a la puerta. Volvió frotándose suavemente las manos.

—Poirot —le dije—. ¿Estoy volviéndome loco?

—No, *mon ami*, pero estás, como siempre, con la mente nublada.

—¿Cómo conseguiste el diamante?

—Del Sr. Rolf.

—¿Rolf?

—¡*Mais oui!* Las cartas de advertencia, el chino, el artículo en “Chismes de Sociedad”, todos surgieron del ingenioso cerebro del Sr. Rolf. Se supone que los dos diamantes son tan milagrosamente parecidos: ¡bah! No es así. ¡Solo había un diamante, amigo mío! Originalmente pertenecía a la colección Yardly, pero durante tres años ha estado en posesión del señor Rolf. Lo robó esta mañana con la ayuda de un toque de pintura de grasa en la esquina de cada ojo. Ah, debo verlo actuar en alguna de sus películas, ¡es un artista, *celui-là!*

—Pero, ¿por qué debería robar su propio diamante? —pregunté, perplejo.

—Por muchas razones. Para empezar, Lady Yardly se estaba poniendo inquieta.

—¿Lady Yardly?

—Comprende que se quedó sola en California. Su marido se estaba divirtiendo en otra parte. El Sr. Rolf era guapo, tenía un aire sobre él de romance. Pero, querido, ¡es un señor muy profesional! Hizo el amor con Lady Yardly, y luego la chantajeó. La otra noche le exigí a la dama la verdad, y ella lo admitió. Juró que solo había sido indiscreta, y yo la creí. Pero, sin duda, Rolf tenía cartas suyas que admitían una interpretación diferente. Aterrorizado por la amenaza de divorcio y la posibilidad de separarse de sus hijos, accedió a todo lo que él deseaba. Ella no tenía dinero propio, y se vio obligada a permitirle sustituir una réplica de pasta por la verdadera piedra. La coincidencia de la fecha de aparición de la “Western Star” me llamó la atención de inmediato. Todo va bien. Lord Yardly se prepara para establecerse. Y luego viene la amenaza de la posible venta del diamante. La sustitución será descubierta, sin duda. Ella escribe fuera de sí a Gregory Rolf que acaba de llegar a Inglaterra. Él la tranquiliza prometiéndole organizarlo todo, y se prepara para un doble robo. De esta manera él callará a la dama, que posiblemente podría contarle todo a su esposo, un asunto que no se adaptaría a nuestro chantajista en absoluto, tendrá 50.000 libras del dinero del seguro (¡ajá, lo había olvidado!), y ¡él todavía tendría el diamante! En este punto puse el dedo en la llaga. Se anuncia la llegada de un experto en diamantes. Lady Yardly, como yo estaba segura de que lo haría, inmediatamente organiza un robo, ¡y lo hace muy bien también! Pero Hércules Poirot no ve más que hechos. ¿Qué sucede en realidad? La dama apaga la luz, golpea la puerta, tira el collar por el pasillo y grita. Ella ya ha quitado la piedra con unos alicates antes e bajar...

—¡Pero vimos el collar alrededor de su cuello! —me oí.

—Discúlpeme, amigo mío, pero su mano ocultó la parte en que se veía la falta. Colocar un trozo de seda en la puerta de antemano es un juego de niños. Por supuesto, tan pronto como Rolf supo del robo, organizó su propia comedia. ¡Y muy bien que lo hizo!

—¿Qué le dijiste a él? —pregunté con viva curiosidad.

—Le dije que Lady Yardly le había contado todo a su esposo, que yo había sido enviado para recuperar la joya, y que si no me la entregaba en el acto lo entregaría a las autoridades. También algunas pequeñas mentiras más que se me ocurrieron. ¡Estaba a mis anchas!

Reflexioné sobre el asunto.

—Me parece un poco injusto para Mary Marvell —ella ha perdido su diamante sin culpa suya.

—¡Bah! —dijo Poirot ásperamente—. Ella obtiene una magnífica publicidad. ¡Eso es todo lo que le importa! Ahora, en el otro caso, ella es diferente. *¡Bonne mère, très femme!*

—Sí —dije con reservas, sin compartir del todo las opiniones de Poirot sobre la feminidad—. Supongo que fue Rolf quien le envió el duplicado y las cartas.

—*Pas du tout* —dijo Poirot enérgicamente—. Ella vino por consejo de Mary Cavendish para buscar mi ayuda a su problema. Entonces ella escuchó que Mary Marvell, de quien sabía que era su enemiga, había estado allí, y cambió de opinión, marchándose con el pretexto que tú, mi amigo, le ofreciste. Bastaron unas pocas preguntas para mostrarme que fuiste tú quien le habló de las cartas. Ella aprovechó la oportunidad que le brindaste.

—No lo creo —dije, molesto.—Sí, sí *mon ami*, es una pena que no estudies psicología. ¿Te dijo que las cartas fueron destruidas? *Oh, lá lá*, nunca una mujer destruye una carta. Ni siquiera cuando sería más prudente hacerlo.

—Todo está muy bien —le dije, sintiendo que mi ira aumentaba—, pero ¡me has dejado como un idiota! ¡De principio a fin! No todo está muy bien para tratar de explicarlo luego. ¡Hay un límite!

—Pero estabas disfrutando mucho, amigo mío. No me sentía con fuerza como para destrozarte tus ilusiones.

—No es bueno. Esta vez has ido demasiado lejos.

—¡*Mon Dieu!* ¡Pero cómo te enfureces por nada, *mon ami!*!"

—¡Estoy harto! —salí golpeando la puerta. Poirot se había reído de mí. Decidí que necesitaba una lección. Dejaría pasar un tiempo antes de perdonarlo. ¡Me animó a hacer el ridículo!